

La vergüenza me mato.

Malena Peña



Capítulo 1

La vergüenza me mato.

Era de noche, invierno si mal no recuerdo. La sensación de que el viento que rozaba mi cara era helado aún perdura. Casi tan gélido como la mirada de mi padre por el espejo retrovisor del auto. Sentía sus penetrantes ojos azules en mi cara y como se deslizaban hasta mi vientre.

Regresábamos a la ciudad por el norte, bordeando la costa, el mar apenas visible. Habíamos ido unas semanas a una ciudad costera vecina con una familia amiga de mi padre. Su idea de diversión era discutir negocios, beber y fumar. Por mi parte, prefería la soledad de la playa y volver tarde a la casa que compartíamos todos. Mi padre decía que era indecoroso de mi parte volver a esas horas, que *"una señorita que se respeta esta temprano en su hogar"*.

Pero ese no era mi hogar y lo que menos quería era estar ahí mientras el amigo de mi padre rondará por los pasillos. De solo pensar en él, el olor a tabaco y whisky aparecían en mi memoria y me daban náuseas. Mi padre notó el disgusto en mi cara.

-Todo esto es tu culpa. Vos provocaste lo que te pasó. ¿Qué pensaría tu madre?

Sus palabras eran secas pero llenas de odio. Quise decirle que no sabría qué habría pensado mi madre porque no tuve el placer de conocerla, ni siquiera por recuerdos o fotos. De ella no se hablaba. De nada se hablaba en mi familia.

Callé, como tantas otras veces.

El edificio se hizo visible después de unas pocas horas. Una gran construcción de estilo neobizantino que le hacía frente al mar, alumbrado apenas por la luz de la luna llena. Era imponente y espeluznante, pero imposible de dejar de admirar. Una belleza que te hiela la sangre.

El Asilo Unzué. Un hogar para huérfanos, pobres y mujeres desamparadas. Podría decirse que yo entraba en esa última categoría, aunque apenas era una mujer y no sé si estaba desamparada. Sí estaba rota, triste, enojada y con mucho miedo.

-En este lugar van a arreglar el problema. Vas a estar unas semanas acá. Para la familia y amigos, voy a decir que fuiste al campo de los Villa Urquiza para estar con sus hijas que hace mucho que no veías. Después vas a regresar al internado y vas a ser la alumna ejemplar que siempre

fuiste.

Mi padre tenía todo organizado, todo planeado. Cada segundo de mi vida no era mía. Ni la vida que estaba dentro mía era mía.

Nos recibieron dos monjas en una puerta trasera que daba a un gran parque, podía ver una capilla no muy lejos. Le dijeron a mi padre que era mejor que no ingresará, que un hombre de su clase no tenía porque mezclarse con la gente de ese lugar, que volviera mañana que yo iba a estar como nueva.

Él volvió la mañana siguiente, pero yo no estaba lista.

Yo ya no estaba.

Recuerdo su cara, me pareció ver un atisbo de sorpresa, shock y quizá hasta tristeza. Le dijeron que la operación había salido mal. Que muchas veces el pecado cometido es tan grande que es el castigo que, las chicas como yo, nos merecemos. Él asintió.

Volvió al auto, miró por el espejo retrovisor y ahí estaba yo devolviéndole la mirada.

Nunca más lo deje solo. De noche, cuando intentaba dormir, le susurraba en el oído todas las cosas monstruosas que habían pasado en la casa de la playa, y cuando estaba por dormirse, justo en ese instante, le contaba detalle por detalle como un objeto metálico y frío como sus ojos me había penetrado para arrancarme la vida.